

El Hombre Malo que Fue Preferido por Dios

por Paramhansa Yogananda

Dios envió a Narada, un arcángel, a la tierra con una misión: encontrar a un verdadero devoto de Dios. Disfrazado como un ser humano piadoso, Narada se echó a andar por diferentes bosques en busca de tales devotos.

Un día vio a un anciano anacoreta que practicaba diferentes tipos de penitencias a la sombra de un enorme tamarindo. Narada se acercó al anacoreta y le dijo: “Hola, ¿quién eres? Y, ¿qué estás haciendo?”

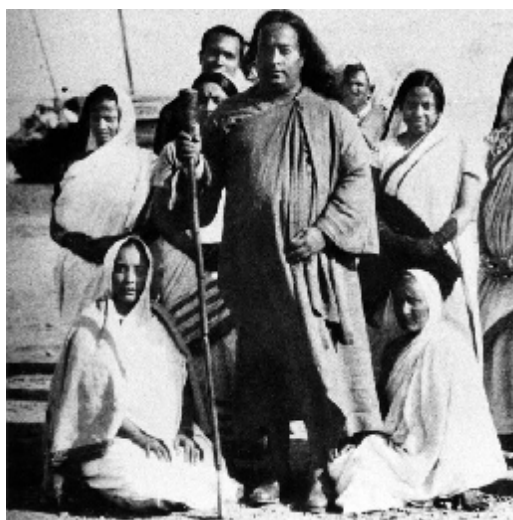
El anacoreta respondió: “Honorable señor, mi nombre es Bhadraka. Soy un viejo anacoreta que lleva ochenta años practicando rigurosamente la disciplina física, pero parece que no consigo nada con esto.”

Narada contestó: “Bien, yo he venido del cielo para encontrar a un verdadero devoto de Dios.”

El anacoreta respondió: “Honorable protegido de Dios, sus ojos están contemplando al mayor devoto de Dios de la tierra. Llueva o haga sol, durante ochenta años he practicado toda auto-disciplina mental y física imaginable.”

Narada dijo: “Venerado anacoreta, estoy emocionado por tu devoción.”

“Bueno,” rugió Bhadraka, “si usted es pariente y amigo de Dios ¿podría, por favor, preguntarle por qué se ha mantenido alejado de mí durante tanto tiempo y no ha respondido a mis ejercicios disciplinarios?” Tras aceptar hacer lo que Bhadraka pedía, Narada se fue y



continuó su búsqueda de los mejores devotos de Dios.

Mientras caminaba sin prisa, vio en el camino a un joven completamente borracho que estaba intentando infructuosamente clavar una estaca de bambú en el suelo para levantar una cerca. El joven gritaba y maldecía: “Eh, Tú, malvado Dios, si no vienes y metes esta estaca en el suelo, voy a clavártela en el corazón”.

El joven se dio cuenta de la presencia de Narada y gritó: “Tú, haragán inútil; ¿cómo te atreves a mirarme así?”

Desconcertado, Narada respondió: “¿Puedo ayudarte a colocar la estaca de bambú?”

El joven borracho contestó rápidamente: “No señor, sólo aceptaré ayuda de Dios, ese taimado esquivo, que ha estado jugando conmigo al escondite,

ocultándose detrás de las nubes, intentando zafarse de trabajar para mí”.

Con un poco de sarcasmo, Narada le dijo: “Estúpido borracho, ¿no tienes miedo de maldecir a Dios?”

“Claro que no, Él me entiende mejor que tú”, fue la respuesta instantánea. “¿Quién eres?” preguntó el borracho.

“Soy un ángel del cielo y he venido a buscar devotos verdaderos de Dios en la tierra”.

“¿De verdad? Bueno, ¿podrías recomendarme a Dios, aunque yo haya sido un poco malo? Por favor, pregúntale por qué ha tardado tanto en visitarme y cuándo va a venir.”

Pensando para sus adentros, “No sueñes con ver a Dios”, Narada aceptó cumplir la petición del joven y desapareció en el cielo.

Muy excitado, fue hasta donde Dios reinaba en su brillante trono atómico. El Rey Celestial preguntó dulcemente: “Querido Narada, dime cómo te fue en tus excursiones terrestres”.

“Bueno, mi Rey”, dijo Narada, “a veces pienso que es muy difícil agradarte. ¿Conoces al anacoreta Bhadraka que está bajo el tamarindo?”

“No, no lo conozco”, contestó Dios.

“¿Cómo es posible? protestó Narada. “Ese hombre ha estado practicando todo tipo de disciplinas durante ochenta años, sólo para agradarte”.

“No importa lo que el anacoreta haya estado practicando, nunca me llegó al corazón. ¿A quién más has conocido?” preguntó Dios.

“He conocido” comenzó a decir Narada, pero Dios le interrumpió diciendo, “Conociste a un joven borracho”.

“Es sorprendente, Majestad Celestial, que parezcas conocer a ese hombre”, dijo Narada. “¿Quizá es porque te ha estado clavando estacas de bambú!”

Dios se rió a carcajadas. Y cariñosamente le dijo: “Ah Narada, te demostraré cuál de los dos hombres que has visto es un verdadero devoto”.

Entonces Dios dijo: “Querido Narada, vuelve a la tierra otra vez y vete primero a ver al anacoreta, Bhadraka, y dile: ‘Le di tu mensaje a Dios, pero está muy ocupado pasando millones de elefantes por el ojo de una aguja. Cuando termine, te visitará’.

“Después de recibir la reacción del anacoreta, ve y dile lo mismo al joven borracho y observa su reacción. Entonces comprenderás”.

Narada regresó a la tierra y dio el mensaje de Dios al anacoreta, que montó en cólera y gritó: “¡Fuera de aquí, tú, Dios y todos los chiflados. ¿Quién ha oído jamás que alguien pase elefantes por el ojo de una aguja?”

“Mis ochenta años de disciplina no fueron más que una estupidez. No pienso seguir tratando de agradar a un Dios loco e inexistente y ahora mismo voy a reanudar mis responsabilidades terrenales largamente desatendidas”.

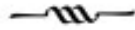
Sorprendido por este comentario, Narada se alejó rápidamente a visitar al joven, que estaba todavía más borracho y seguía maldiciendo e intentando colocar otra estaca de bambú para la valla. Pero tan pronto como Narada apareció, el joven fue corriendo hacia él y le preguntó: “Eh, Narada, ¿qué contestación te dio Dios a mi mensaje?”

Cuando el joven escuchó lo que Dios había dicho, empezó a bailar de alegría, diciendo: “Aquel que en un instante

puede enviar mundos a través del ojo de una aguja, hace mucho que habrá acabado de pasar elefantes por el ojo de una aguja. En un minuto estará conmigo y, cuando venga, mi amor por Él me hará

olvidar el hábito de beber y todas mis malas acciones”.

Mientras el joven bailaba en éxtasis celestial, Narada se unió a él. Pronto, ambos se dieron cuenta que Dios estaba bailando con ellos.



Esta historia demuestra que no importa cuántos años hayas estado yendo a la iglesia o haciendo buenas obras, a menos que ames a Dios, Él nunca se te revelará. Así, el anacoreta que había estado practicando disciplinas espirituales de forma mecánica, en el más completo olvido de Dios, nunca recibió respuesta divina.

El caso del hombre borracho muestra que, si aún con esfuerzos continuos y agotadores, no has podido dejar los malos hábitos, pero estás intoxicado con el amor de Dios, Él se te revelará. Con el amanecer de su Luz, la oscuridad de los malos hábitos se desvanecerá por completo.

No debemos pensar que Dios ama a los devotos mentalmente débiles más que a quienes no tienen esas flaquezas. Pero es innegable que Dios prefiere devotos que amen verdadera e intensa-

mente, aún con debilidades interiores, a aquellos devotos y anacoretas mecánicos que carecen del divino amor que puede atraer a Dios.

Los ejercicios espirituales pueden producir algunos buenos resultados, pero para atraer a Dios al santuario del corazón, uno debe tener también amor devoto. El amor está por encima de la ley. Dios se entrega al devoto que ofrece su amor incondicional, el cual está por encima de todas las normas del vivir correcto.

En vez de seguir concienzudamente secas costumbres y rituales religiosos, cultiva primero en tu corazón el amor sincero a Dios. Si quieres atrapar a Dios segura y permanentemente, usa la fuerte red tejida con el hilo de la vida correcta y el cordón de seda del amor incondicional que trasciende cualquier ley.

*Tomado de las lecciones “The Praecepta”, 1938
Clarity, Spring 2006, 9-11.*